

Problemas liberales

CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN*

Resumen: Los valores de la Ilustración liberal están asociados con la extensión de las libertades civiles y políticas y con la prosperidad económica. Sin embargo, el antiliberalismo los ha cuestionado e insistido en que la riqueza provoca la pobreza, la economía es moralmente sospechosa, y la justicia social exige el recorte de las libertades.

Palabras clave: liberalismo, economía, política.

Abstract: The liberal Enlightenment values are related to the diffusion of civil and political liberties, and economic prosperity. Its critics have put these values in question and insisted that wealth causes poverty, economics is morally suspect, and social justice requires the limitation of liberties.

Key words: liberalism, economics, politics.

Abrumado al estar entre filósofos, de cuya solvencia esta reunión ha brindado reiteradas muestras, sólo haré una breve presentación de las razones del liberalismo, expuestas bajo la forma de problemas que confío resulten interesantes.

Las libertades se han extendido en los últimos dos siglos, que han registrado asimismo una espectacular subida en los niveles de vida para fracciones crecientes e inéditas de la población. Esta realidad derivó de valores e instituciones de la Ilustración liberal: la libertad, la propiedad privada, el comercio, el mercado, el capitalismo. La asociación entre el liberalismo económico, el bienestar y las libertades civiles y políticas resulta incuestionable: los países más ricos y más libres han sido siempre economías de mercado, más o menos intervenidas, pero economías de mercado.

Y al revés, en las numerosas oportunidades en que la propiedad privada, el mercado, el comercio y el capitalismo han sido suprimidos en aras de la construcción del «hombre nuevo» y una nueva sociedad más justa y libre, el resultado siempre ha sido una economía deficiente y, lo que es mucho más grave, una sociedad sin libertades y unos sistemas políticos de inaudita crueldad.

Sin embargo, grandes pensadores de este período han destacado por diagnosticar una y otra vez caudalosos males. Más aún, los han atribuido al liberalismo. Así, cuando en 1989 el mundo recibió la mejor noticia de la historia, la crisis del régimen más criminal que jamás haya existido, la idea que prevaleció no fue de alborozo sino de alarma ante una nueva amenaza liberal: la globalización. Frente a ella se siguen alzando las consignas de siempre, contra el mercado, la propiedad privada, el

Fecha de recepción: 30 mayo 2002. Fecha de aceptación: 2 julio 2002.

* Catedrático de Historia del Pensamiento Económico. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Universidad Complutense. 28223 Madrid. Es autor de: *Estado contra mercado*, Madrid, Taurus, 2000; «Estado social y envidia anti-social», *Claves*, nº 81, abril 1998, pp. 34-39; «La economía como 'ciencia lúgubre'. Un mito perdurable», *Claves*, nº 112, mayo 2001, pp. 62-68.

capitalismo y las empresas, no sólo en pasmosa ignorancia de lo que sucedió cuando fueron aniquilados sino en completa ceguera ante lo que ha sucedido gracias a ellos.

Es claro que en esta actitud puede haber influido una vieja asimetría ética, la «aristocracia de la melancolía», como apuntó el profesor Antonio Rivera, o, por citar unas irónicas líneas de *La teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith: «esos moralistas quejumbrosos y melancólicos, que perpetuamente nos reprochan que seamos felices cuando tantos de nuestros semejantes son desdichados, que consideran impío el regocijo natural ante la prosperidad, que no piensa en los muchos desventurados que en ese mismo instante están sometidos a toda suerte de calamidades, en la postulación de la pobreza, en la agonía de la enfermedad, en el horror de la muerte, bajo los ultrajes y la opresión de sus enemigos».

Pero hay algo más que esta ofuscación hipócrita. Cuando para pintar el mundo después de la caída del Muro de Berlín un referente mediático como Federico Mayor Zaragoza lagrimeó: «No se puede resistir tanta injusticia»; cuando José Saramago, también idolatrado por los periodistas, argumenta que hoy los derechos humanos están peor que en 1948, tras las pavorosas matanzas estalinistas; cuando se pueden proclamar estas barbaridades, y para colmo ante el asentimiento (cuando no el aplauso) general, está claro que aquí hay algo más que una perversión moral, aquí hay un problema: ¿a qué atribuir este prejuicio, esta infundada angustia; por qué las razones liberales resultan tan poco convincentes?

Repasemos rápidamente algunos de los ingredientes de la predisposición contra el liberalismo. Cabría comenzar por algo vinculado con la ofuscación moral ya mencionada: es indudable que no toda la humanidad ha mejorado, no todos los seres humanos gozan de más prosperidad y más libertad. Esto es innegable. Ahora bien, para que se convierta en munición antiliberal no basta la constatación del hecho; además debe portar una explicación antiliberal. Y la porta: no se trata simplemente de que aún hay muchos pobres, sino de que su pobreza es el precio que se debió pagar por la mayor riqueza y bienestar de otros. Ya está la tristeza servida: se puede eludir la incómoda negación de la evidencia del mayor bienestar atribuyéndole una carga negativa. De ahí el énfasis peyorativo constante en la «desigualdad», con lo que se pretende censurar no sólo las brechas *per se* sino la causa más o menos oculta que las abre; los pobres, sentencia un reciente documento de la Conferencia Episcopal española —de venerable tradición antiliberal— no son pobres sino empobrecidos por los ricos para que éstos puedan amasar su inicua opulencia.

Este pensamiento único que enlaza la pobreza y la riqueza como si fueran causa y efecto no tiene relevancia teórica ni aval empírico. Borges describió el engaño en *El informe de Brodie* con luminosa mordacidad, al referir el entusiasmo de unos aborígenes con los poderes omnímodos de sus hechiceros; Brodie, misionero (escocés...) empeñado en evangelizarlos, expresa desconfianza ante la afirmación de que los brujos de la tribu son capaces de convertir a los hombres en hormigas, y entonces los nativos, para demostrar que ese poder es genuino ¡le enseñan un hormiguero!

Del mismo modo, la mera existencia de la pobreza, cuyas imágenes pueblan siempre los medios de comunicación, es tomada como ratificación de la teoría. Al menos desde los tiempos de Smith los economistas sabemos que esta teoría es falsa: la riqueza no provoca pobreza. Esto se verifica no sólo por la constatación de la mejoría en el bienestar general, que habría sido imposible si la única forma de que un individuo mejore fuera empeorar a otro, sino por el análisis económico que prueba que en condiciones de mercado las personas entablan transacciones de suma positiva, es decir, que comprenden la posibilidad de que todos los transactores ganen.

Los liberales demostraron que esa posibilidad existía, pero que no era más que eso, y que podía no concretarse. En realidad, lo asombroso era que se hubiese concretado. Por eso titula Smith su

libro económico la *riqueza* y no la pobreza de las naciones; esta última había sido la compañera de la humanidad desde que había memoria, lo raro es que pudiera ser contenida, y esa rareza estribaba en los condicionantes institucionales de la prosperidad: paz, justicia, seguridad, garantía de cumplimiento de los contratos, libertad de comercio. Esto es difícil de conseguir y la armonía social que propiciaron los liberales estaba lejos de ser natural. Al contrario, lo natural es el conflicto, la guerra y la facción; de ahí el énfasis liberal en la justicia.

Los adversarios del liberalismo no sólo no se arredraron sino que devolvieron a los liberales sus teorías envueltas en ropajes opuestos: el éxito económico del mercado era insuficiente y moralmente censurable, y la justicia, precisamente, era la que exigía que los mercados no fuesen libres. El primer aspecto conecta con remotos atavismos antiliberales, con el odio a las relaciones libres entre las personas, al comercio y al mercado, asociado por regla general a una actitud paternalista y desdeñosa hacia la gente corriente, incapaz de actuar por su cuenta, torpe, egoísta y manipulable. Esto remite a la tradición antiliberal de las religiones, y pulsa la cuerda sensible del calor tribal: no es casual que cuando se habla del mercado, la libertad y la competencia, se emplee un lenguaje alarmante, antisocial y hostil, el mercado es «salvaje», en el mercado estamos «abandonados», el mercado «excluye», etc., en una actitud que falazmente supone que la ausencia del mercado comporta valores cálidos como civilización, compañía, inclusión.

El desprecio al mercado, es decir, a los órdenes espontáneos de las sociedades abiertas y libres, descansa también en la equivocación de que el liberalismo es una doctrina primordialmente económica, que por ende debe ser rechazada en tanto que «economicista». El que un liberal como Smith haya sido un moralista autor de un tratado de filosofía moral desconcertó por ello a bastantes pensadores, que llegaron a acuñar *Das Adam Smith Problem*, es decir, que una persona capaz de escribir *La riqueza de las naciones* no podía ser la misma persona que escribió *La teoría de los sentimientos morales*.

En realidad, sin embargo, el liberalismo jamás pretendió ser una doctrina sólo ni principalmente económica, y jamás dejó de lado las consideraciones morales. El liberalismo subraya el marco institucional apoyado sobre la ética, y argumenta que la sociedad liberal promueve y es promovida por virtudes como la honradez y la prudencia.

Ahora bien, si la virtud máxima es la justicia, será problemático oponerse desde el liberalismo al intervencionismo en ella fundado. Problemático, mas no imposible. Ante todo, la justicia intervencionista o «social» ostenta características peculiares, porque ampara «derechos» que exigen tanto la violación de otros derechos como el crecimiento del poder político sin límite preciso. El llamado «derecho a la vivienda», un ejemplo típico de los nuevos derechos humanos, no se refiere al derecho que me asiste a tener una casa si la pago. Eso correspondería al viejo mundo de los derechos humanos, y a la libertad de emprender cualquier transacción lícita sin cortapisa alguna. El derecho a la vivienda es otra cosa: es el derecho que me asiste, si cumplo con determinadas condiciones, a tener una casa y a no pagarla. Si se trata de esto, y es obvio que se trata de esto, entonces la satisfacción de mi derecho exige que a alguna otra persona se le limite el derecho de propiedad sobre el fruto de su trabajo. Como la casa no será construida si quienes la edifican no cobran, alguien deberá pagar por mí. Asimismo, la garantía de ese derecho, y de todos los derechos llamados sociales, exige un aparato político considerable, sustancialmente mayor que la garantía, digamos, de mi derecho a la libertad de comercio, prensa u opinión.

Hay un motivo adicional por el cual el liberalismo se ha opuesto —infructuosamente— a la generalización de los derechos sociales, y es que esos derechos dependen críticamente de las posibilidades de la razón humana para cambiar la sociedad, posibilidades que más allá de los órdenes

primitivos son según el liberalismo, primero, limitadas, y segundo, generan consecuencias negativas no previstas ni deseadas.

Cuando los antiliberales acusan al liberalismo de ser una utopía no saben de lo que hablan o deberían mirarse al espejo. Ningún liberal prometió el paraíso en la Tierra. Los socialistas, en cambio, sí —Marx y Engels llegaron incluso a entrever un comunismo futuro desafortunadamente «liberal» o anarquista en el cual ¡desaparecería el Estado! Los liberales, desde los ilustrados escoceses hasta Hayek, destacaron más la acción que la razón humana, y más la moral y las instituciones con las que el hombre «tropieza» (Ferguson *dixit*) que las que racionalmente elabora y promulga. Duros reproches lanza Smith al *man of system* que pretende organizar a las personas en la sociedad como si fueran piezas de un tablero de ajedrez. También ataca a los políticos —«Rara vez he visto cosas buenas hechas por quienes presumen de actuar en beneficio público»— y a los empresarios y grupos de presión que consiguen resguardo de las autoridades para no competir y elevar injustamente los precios. No son, por cierto, todas las desigualdades aplaudidas por los liberales: valen si son producto de la competencia libre y justa, pero no valen si son resultado de privilegios como, por ejemplo, los que gozan los empresarios industriales y agrícolas de los países ricos merced a las barreras comerciales que impiden a los pobres vender aquí sus productos.

El intervencionismo ha recibido un estímulo crucial gracias a la democracia, de la que los liberales suelen recelar, no en tanto que mecanismo incruento de recambio de gobernantes sino en tanto que combustible que puede impulsar el crecimiento del poder político a expensas de los derechos de los ciudadanos, en particular de dos grandes mayorías cuya coordinación para defenderse es ardua si no imposible: consumidores y contribuyentes. El hecho de que la democracia requiera para legitimarse masivos aumentos de impuestos no parece haber llamado la atención, ni siquiera en España, donde hemos sido testigos del notable fenómeno de la más que duplicación del gasto público en proporción al PIB durante menos de dos décadas tras el fin de la dictadura franquista.

Desde Tocqueville hasta James Buchanan y Anthony de Jasay los liberales vienen advirtiendo sobre este riesgo de las democracias, del que cabe deducir, por ejemplo, que es difícil bajar el gasto público y los impuestos. Se opone ello a la lógica democrática que anima a las autoridades a emprender juegos redistributivos sólo constreñidos electoralmente, es decir, procurarán subir el gasto público hasta que el beneficio en votos del último euro gastado sea inferior al coste en votos del último euro recaudado. El cálculo es peliagudo, y obliga a los políticos a tener cintura y destreza a la hora de detectar los vaivenes de la opinión pública e influir sobre ella —digamos, dejando de financiar empresas públicas (salvo las televisiones) y pasando a potenciar el gasto en medio ambiente o en igualdad de los homosexuales o en cualquier cosa que estimen encaja con el pensamiento predominante. Como es un cálculo intrincado, los gobernantes se equivocan, y cambian, magro consuelo para unos liberales que han denunciado estas dificultades pero han sido incapaces de neutralizarlas. Por cierto, basta una somera inspección al tamaño de los Estados democráticos contemporáneos para percibir la patraña de quienes claman al cielo por el presunto desmantelamiento de lo público ante la invasión estaticida de la globalización neoliberal.

Mientras los políticos (socialistas de todos los partidos, que diría Hayek) se afanan en «resolver los problemas de los ciudadanos», en hacer en lugar de *dejar* hacer, el intervencionismo se autoalimentará y ningún fallo del Estado que señalen los liberales podrá contrarrestar los fallos del mercado que los políticos descubrirán y pretenderán desfacer, siempre con el dinero y la libertad de sus súbditos, en defensa, claro está, de sus «derechos». (Entre paréntesis, y a quien le pudiera haber extrañado que la izquierda siempre esté pidiendo menos libertad con la excusa de ayudar al pueblo,

debería revisar los debates de las Naciones Unidas hace más de medio siglo, en los que Rusia enérgicamente propugnó la Carta de los Derechos Humanos: les permitió hasta hoy a los enemigos de la libertad atacar al capitalismo porque, después de todo, allí tampoco se respetan los derechos humanos, y reclamar más coacción fiscal por lo mucho que queda aún por hacer en términos de derechos sociales.) Tras dos siglos que prueban las ventajas del liberalismo y los inconvenientes y peligros de los recortes de la libertad, el escenario revela magnas intervenciones de la política, y tantos permisos como libertades.

El liberalismo, en conclusión, plantea problemas complicados, pero creo que por eso mismo puedo terminar solicitando la simpatía de los filósofos, ante quienes no será necesario recordar que el búho de Minerva sólo vuela en la oscuridad.

Bibliografía básica

- P.T. BAUER, *Crítica de la teoría del desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1975; otra edición: Barcelona, Orbis, 1983.
- JAMES BUCHANAN Y GORDON TULLOCK, *El cálculo del consenso*, Madrid, Espasa Calpe, 1980.
- JAMES BUCHANAN Y RICHARD E. WAGNER, *Déficit del sector público y democracia*, Madrid, Rialp, 1983.
- F.A. HAYEK, *La fatal arrogancia*, Madrid, Unión Editorial, 1990.
- ANTHONY DE JASAY, *El Estado*, Madrid, Alianza, 1993.
- ALAN PEACOCK, *Elección pública*, Madrid, Alianza, 1995.
- ADAM SMITH, *La teoría de los sentimientos morales*, Madrid, Alianza, 1997.
- ADAM SMITH, *La riqueza de las naciones*, Madrid, Alianza, 1993.
- ADAM SMITH, *Ensayos filosóficos*, Madrid, Pirámide, 1998.